

encontrar un justo medio. Nuestra pedagogía hemos querido que sea al mismo tiempo viviente y sencilla. No nos hemos contentado con citar un cierto número de reglas abstractas y de fórmulas escolásticas; sino que nos hemos elevado hasta los principios, procurando hacerlo con la mayor discreción posible. Hemos dejado á un lado todo lo superfluo del fárrago de lucubraciones modernas y aprovechado lo esencial, ateniéndonos á las nociones más claras y más prácticas.

Nuestra obra se divide en dos partes bien diferenciadas; la que estudia al niño en sí mismo, en el desarrollo natural y en el cultivo escolar de sus facultades, y la que abandonando el *sujeto* de la educación, examina el *objeto*, es decir la enseñanza y la disciplina, los métodos de la una y los principios y reglas de la otra.

En la primera parte hemos recurrido á todos los observadores de la infancia y hemos comprobado y completado sus observaciones, con las hechas personalmente por nosotros.

En la segunda parte hemos consultado sobre todo á los hombres de la profesión, á los que han experimentado prácticamente los métodos de instrucción y las leyes de la disciplina. Hemos aprovechado también todos los consejos prácticos que están como perdidos en los voluminosos é interesantes informes de los inspectores generales acerca de la situación de la enseñanza primaria.

Seguramente, la mejor de las pedagogías, como la mejor de las lógicas, es la que nos formamos nosotros mismos por el estudio, la experiencia y la reflexión personal. Desde luego, no se trata de hacer aprender de memoria y recitar, como lo exigen aún algunos autores de manuales pedagógicos, un catecismo de pedagogía. Pero á fin de ayudar á la reflexión y de guiar la experiencia de los recién entrados en la enseñanza, no es inútil el libro, que se hace preciso aun cuando no sea más que para excitar el juicio personal. Respondiendo á ese criterio ha sido escrito este modesto ensayo, más para sugerir reflexiones que para imponer doctrinas. Sólo deseamos que tenga la misma acogida que nuestra *Historia de la Pedagogía*, con la que está en íntima relación.

Manuel G. Pineda
Escuela Normal de
...
...
...

PRIMERA PARTE

PEDAGOGÍA TEÓRICA

CURSO
DE PEDAGOGÍA
TEÓRICA Y PRÁCTICA

5-9-1904
LECCIÓN PRIMERA

LA EDUCACIÓN EN GENERAL.

Orígenes de la palabra educación. — La educación es propia del hombre. — ¿Existe una ciencia de la educación? — Educación y pedagogía. — La pedagogía y sus principios científicos. — Relación de la pedagogía y de la psicología. — ¿Existe una psicología del niño? — Relación de la pedagogía con las otras ciencias. — Diversas definiciones de la educación. — División de la educación en física, intelectual y moral. — Otra división fundada en el fin de la educación, ó sea en general y profesional. — La educación liberal. — El principio de la naturaleza. — ¿Qué se entiende por naturaleza? — Restricciones del principio de la naturaleza. — La educación por la libertad. — La educación por autoridad. — Poder de la educación y sus límites. — La educación y la escuela. — La educación en una república.

desde
Orígenes de la palabra educación. — La palabra « educación » es relativamente nueva en la lengua francesa. Montaigne la emplea solamente una vez en esta frase citada con frecuencia : « Rechazo toda violencia en la educación de un alma tierna á la que se adiestra para el honor y la libertad (1) ». Ordinariamente emplea la expresión « instrucción de los

(1) Montaigne, *Essais*, t. II, c. VIII.

niños » de donde viene la palabra « instructor ». Los escritores del siglo diez y seis la llamaban *alimento*, pero desde el diez y siete la palabra educación ha entrado en el lenguaje corriente para designar el arte de perfeccionar á los hombres.

La educación es propia del hombre. — Al hombre, en efecto, conviene aplicar el hermoso nombre de educación. A los animales se los adiestra y á las plantas se las cultiva. Solamente el hombre es susceptible de educación, porque sólo él es apto para gobernarse á sí mismo y llegar á ser una persona moral. Un animal es por instinto todo lo que puede ser ó, al menos, todo lo que necesita ser, pero el hombre, para desarrollarse, no puede prescindir de la razón y de la reflexión, y como al nacer no posee en sí mismo esas cualidades, necesita que le eduque la razón de los demás hombres.

¿ **Existe una ciencia de la educación?** — Nadie pone en duda actualmente la posibilidad de una ciencia de la educación. La educación en sí misma es un arte, una *habilidad práctica* que supone ciertamente algo más que el conocimiento de unas cuantas reglas aprendidas en los libros; que exige experiencia, cualidades morales, cierta bondad de corazón y una verdadera inspiración de la inteligencia. Así como la poesía no existe sin un poeta, la educación no existe sin un educador, es decir, una persona que con sus cualidades propias dé vida y aplicación á las leyes abstractas y muertas de los tratados pedagógicos. Pero del mismo modo que la elocuencia tiene sus reglas condensadas en la retórica y la poesía las suyas en la poética; así como la medicina, que es un arte, está basada sin embargo en las teorías de las ciencias médicas, la educación, antes de ser un arte en poder de los maestros que le ejercen, le fecundan por su iniciativa y por su abnegación y ponen en él el sello de su talento y de su corazón, es una ciencia que el filósofo deduce de las leyes generales de la naturaleza humana y que el

profesor induce de los resultados de su experiencia.

Existe, pues, una ciencia de la educación, ciencia práctica, de aplicación, que tiene sus principios y sus leyes, que prueba su vitalidad por gran número de publicaciones, tanto en Francia como en el extranjero, y que tiene su nombre, aunque haya todavía quien duda en dárselo: la *Pedagogía* (1).

Pedagogía y educación. — Con gran error confunden todavía muchos escritores la pedagogía y la educación, siendo así que estos dos términos están separados por algo más que por un ligero matiz. La pedagogía es, por decirlo así, la teoría de la educación y la educación la práctica de la pedagogía. Así como se puede ser retórico sin ser orador, se puede ser pedagogo, es decir, conocer á fondo las reglas de la educación, sin ser educador ó sea sin poseer la habilidad de educar prácticamente á los niños.

« Formar un hombre, dice elocuentemente Mr. Marion, es asunto de habilidad y cosa peligrosa. No hay que esperar en esta tarea la infalibilidad de una geometría bien pensada ni la tranquilidad suprema de las demostraciones bien dirigidas. En tal empresa habrá lucha, se presentará lo imprevisto, existirán las violencias, los caprichos, los desfallecimientos, las animaciones, las inercias, los milagros de la naturaleza activa y libre. Habrá todo el vaivén tumultuoso, que estalla en armonías ó degenera en caos, que existe en el hombre como en el mar (2). »

Pero de esas dificultades prácticas no se deduce que no existan las reglas de la educación ni que sea inútil conocerlas. También en medicina, ¡cuántos fenómenos imprevistos, cuántos caprichos de la naturaleza que engañan los temores y defraudan las esperanzas! Y, sin embargo, lo que ante todo se pide al médico es

(1) En los últimos años se han abierto diferentes cursos de educación general en las Facultades de Letras de Francia: el de Mr. Marion en la Sorbonne, el de Mr. Dauriac en Montpellier, el de Mr. Egger en Nancy, el de Mr. Thamin en Lyon y el de Mr. Espinas en Bordeaux. Este último es el único que no ha retrocedido ante el nombre propio y ha llamado á sus lecciones: *Curso de Pedagogía*.

(2) Curso de Mr. Marion sobre la *Ciencia de la Educación*, Manual general de Instrucción primaria, p. 13.

que conozca á fondo los principios y las reglas de su arte.

No se debe pues pretender que para educar á los hombres no son necesarias ni la precisión del análisis, ni la ciencia; lo que sucede es que esas condiciones son insuficientes, porque la naturaleza humana, con sus alteraciones repentinas, con sus decaimientos inesperados, con su movilidad y con su diversidad, puede echar por tierra los cálculos mejor formados. Hay que reconocer, no obstante, que existen reglas y principios que son, si no infalibles, de una frecuente eficacia, y que esas reglas son cada vez más exactas á medida que el progreso de la ciencia hace la aproximación más y más grande.

Cuanto más avanza el tiempo más se conoce la infancia, se profundizan más las leyes de la naturaleza humana y más se perfeccionan y se aproximan á la verdad los métodos pedagógicos. Se dice que la experiencia lo es todo y la ciencia nada, pero ¿qué es la ciencia en sí misma más que la experiencia de todos los que nos han precedido? No lleguemos á pensar, con Diesterweg, que el estudio de la pedagogía es superfluo y que se nace educador como se nace poeta (1). No incurramos en el prejuicio de creer que un profesor, que un maestro, no tiene necesidad de conocer las leyes teóricas de la educación y de la enseñanza, así como para digerir bien no necesitamos aprender en un libro de fisiología las funciones de la digestión. En lo que á la educación se refiere lo mejor es la inspiración esclarecida y reglada por la ciencia.

La pedagogía y sus principios científicos. — ¿Quiere esto decir que la pedagogía esté ya constituida y que los recientes progresos la hayan librado de sus intentonas y de las incertidumbres que toda ciencia atraviesa en sus comienzos? No llevamos tan lejos nuestras pretensiones. A pesar de los grandes esfuerzos

(1) Obras escogidas de Diesterweg, p. 272.

realizados, hay que repetir hoy todavía lo que decía Diesterweg en 1830. La coordinación científica de los preceptos y de las experiencias de la pedagogía es aún una aspiración, una esperanza, más bien que un resultado cumplido.

« Dios quisiera, escribía, que hubiésemos hecho bastantes progresos para que, si no todos los hombres, las personas educadas estuviesen de acuerdo acerca del mejor método de educación, y no sólo pudiésemos determinar con exactitud lo que es bueno y lo que es malo, y lo que resulta de tal ó cual sistema, sino también dar el porqué (1). »

Pero si estamos aún en el caso de buscar ciertas soluciones, sabemos al menos dónde pueden encontrarse y á qué fuentes hay que recurrir para afirmar más y más la exactitud de las nociones pedagógicas. La pedagogía, como todas las ciencias prácticas, descansa sobre un conjunto de datos teóricos y, por decirlo así, en una base científica.

Relación de la pedagogía y de la psicología.

— Así como el médico debe conocer los órganos y las funciones del cuerpo que cuida, el agricultor la naturaleza del suelo que labra y el escultor las propiedades del mármol que cincela y de la arcilla á que da forma, así el pedagogo no puede prescindir del conocimiento de las leyes de la organización mental, es decir, del estudio de la psicología.

Á decir verdad, las reglas pedagógicas no son más que la aplicación de las leyes de la psicología, transformadas en máximas prácticas comprobadas por la experiencia.

La psicología es el principio de todas las ciencias prácticas que se refieren á las facultades morales del hombre, pero las demás ciencias procedentes de la psicología no tratan más que una parte del alma humana; la lógica, de la inteligencia; la estética, del sentimiento de lo bello; la moral, de la voluntad. Sola-

(1) Diesterweg, obra citada, p. 54.

mente la pedagogía abraza todas las partes del alma y tiene que recurrir á la psicología entera.

¿Existe una psicología del niño? — No es sólo la psicología general, la psicología del hombre formado, la que debe inspirar á la pedagogía. Dígase lo que se quiera, hay una psicología del niño, porque el alma tiene su infancia. Los idealistas como Malebranche han pretendido que el espíritu humano no tiene edad y que es desde el nacimiento todo lo que puede ser y capaz de comprender las abstracciones más elevadas. Para un observador imparcial es evidente que el espíritu se desarrolla y se forma según ciertas leyes de crecimiento que constituyen precisamente la psicología del niño. La psicología, en una palabra, no es una geometría invariable que establece inmutables teoremas, sino una historia que, en lo que se refiere á los primeros años de la vida, cuenta la evolución gradual de las diversas facultades.

Se ha dicho con razón: Es preciso conocer la psicología del hombre si se quiere formar un hombre; pero nosotros añadiremos: Hay que estudiar la psicología del niño si se quiere educar un niño.

Relación de la pedagogía con otras ciencias.

— Puesto que la pedagogía abraza al ser humano entero, no basta, naturalmente, que se inspire en la psicología. Para tratar con competencia de la educación física y hasta de ciertas partes de la educación intelectual y moral, la biología en general y más particularmente la anatomía y la fisiología del hombre están llamadas á prestar grandes servicios.

También sería fácil probar que la pedagogía no puede prescindir del concurso de la moral ni del de la lógica. La educación, en efecto, tiende á conducir al hombre á su fin, y la moral es la que determina el verdadero fin de las acciones humanas, la naturaleza íntima de todo lo que llamamos bueno y deseable. Por otra parte la educación es la cultura de la inteligencia y del razonamiento, y la lógica da á conocer los

mejores métodos para examinar los conocimientos y para descubrir la verdad.

La pedagogía, ó ciencia de la educación, tiene pues su método, que consiste en observar todos los hechos de la vida física y de la vida moral del hombre, ó, más bien, en aprovechar las leyes generales que la reflexión inductiva ha establecido sobre esos hechos. Definamos ahora con más precisión su objeto y los principios que deben guiarla.

Diversas definiciones de la educación. — Hay muy pocos pedagogos que, como Locke, hayan escrito un hermoso libro sobre la educación, sin definirla, sin reunir en una fórmula única los elementos de su sistema (1). Generalmente cada pedagogo tiene su definición personal, diversidad debida á que la mayor parte han incurrido en el error de hacer entrar en sus definiciones la indicación de los métodos particulares y de los diferentes medios de que se vale la educación.

No dejará de ser interesante recordar aquí las principales definiciones dignas de atención por los nombres de sus autores ó por la relativa exactitud de su contenido.

Una de las más antiguas y una también de las mejores, es la de Platón:

« La educación tiene por fin dar al cuerpo y al alma toda la belleza y toda la perfección de que son susceptibles. »

La perfección de la naturaleza humana, tal es, en efecto, el ideal de la educación.

En el mismo sentido, Kant, madame Necker de Saussure y Stuart Mill, han dado las definiciones siguientes:

« La educación es el desarrollo en el hombre de toda la perfección que lleva consigo su naturaleza. »

« Educar un niño es ponerle en estado de cumplir lo mejor posible el destino de su vida. »

(1) Véase el principio de « *Pensées sur l'éducation.* »

« La educación comprende todo lo que hacemos por nosotros mismos y todo lo que los demás hacen por nosotros para acercarnos á la perfección de nuestra naturaleza. »

Hasta aquí se hace referencia al fin general de la educación. Pero la palabra perfección es algo vaga y exige algunas explicaciones. La definición de M. Herbert Spencer responde en parte á esa necesidad :

« La educación es la preparación para la vida completa. »

Mas la vida completa, ¿en qué consiste? Las definiciones de los pedagogos alemanes nos dan la respuesta :

« La educación es el arte y al mismo tiempo la ciencia de guiar á la juventud y de ponerla en estado, por medio de la instrucción, por el poder de la emulación y por el de los buenos ejemplos, de llenar el triple fin que asigna al hombre su destino religioso, social y nacional. » (Niemeyer.)

« La educación es la evolución armónica é igual de las facultades humanas. Es un método, fundado en la naturaleza del espíritu, para desarrollar todas las facultades del alma y despertar y alimentar todos los principios de vida, evitando todo cultivo parcial y teniendo en cuenta los sentimientos que constituyen la fuerza y la valía de los hombres. » (Mayor Stein.)

« La educación es el desarrollo armónico de las facultades físicas, intelectuales y morales. » (Denzel.)

Estas definiciones tienen el defecto común de no poner suficientemente de relieve el carácter esencial de la educación propiamente dicha, que es la acción premeditada, intencional, que la voluntad de un hombre ejerce sobre el niño para instruirle y formarle. Podrían también aplicarse al desarrollo natural, instintivo y fatal de las facultades humanas. Desde ese punto de vista preferimos las siguientes fórmulas :

« La educación es la operación por la cual un espíritu forma otro espíritu y un corazón otro corazón. » (Jules Simon.)

« La educación es un conjunto de acciones voluntarias por las que el hombre trata de elevar á su semejante hasta la perfección. » (M. Marion.)

« La educación es un conjunto de esfuerzos que tiene por fin dar al hombre la posesión completa y el uso acertado de sus diversas facultades. » (M. Joly.)

Kant pedía con razón que la educación se propusiese educar á los niños, no con relación á sus éxitos en el estado presente de la sociedad humana, sino de un estado mejor, posible en el porvenir, y según un concepto ideal de la humanidad. Conviene, seguramente, adherirse á esas altas y nobles pretensiones, sin olvidar, sin embargo, el fin práctico de los esfuerzos de la educación. En este sentido escribía Juan Mill :

« La educación tiene por fin hacer del individuo un instrumento de dicha para sí mismo y para los demás. »

Definición incompleta sin duda, pero que tiene el mérito de conducirnos de nuevo á las realidades prácticas y á las verdaderas condiciones de la existencia. La palabra *dicha* es como la traducción utilitaria de la palabra *perfección*. Es necesario que un idealismo desdeñoso no nos haga olvidar que el ser humano aspira á ser dichoso y que la dicha forma también parte de su destino. Además, sin desconocer que la educación es sobre todo el desarrollo desinteresado del individuo, de la persona, bueno es que la definición de la educación nos recuerde que no vivimos solamente para nosotros mismos, buscando un perfeccionamiento solitario y egoísta, sino que existimos también para los demás y que nuestra existencia está subordinada á la del prójimo.

¿Qué deducir de esta revista de tantas definiciones diferentes? Desde luego que sus autores las han complicado frecuentemente con la introducción en ellas de distintos elementos extraños á la palabra educación, y que acaso fuera mejor contentarse con decir, como Rousseau, á fin de ponerse sencillamente de acuerdo sobre el sentido de la palabra: « La educación es el arte de perfeccionar los niños y de formar los hombres ». Si por otra parte queremos comprender en la definición de la educación la determinación del sujeto sobre el que obra y del objeto que persigue

encontraremos los elementos para ello dispersos en las diferentes fórmulas que hemos citado. Bastará reunir-las y decir :

« La educación es el conjunto de actos reflexivos por medio de los cuales se ayuda á la naturaleza en el desarrollo de las facultades físicas, (1) intelectuales y morales del hombre, para procurar su perfección, su dicha y la realización de su destino social. »

División de la educación. — La educación comprende diversas partes que corresponden á la división misma de las facultades de la naturaleza humana.

Cualquiera opinión que se profese sobre la naturaleza del alma, ya considerándola como una sustancia distinta é independiente, ya unida al cuerpo como el efecto á la causa, siempre subsiste el dualismo de la parte física y de la parte moral. De aquí se deduce la primera distinción que hay que hacer entre la educación del cuerpo y la del espíritu.

El espíritu, á su vez, se divide en un cierto número de facultades, y por eso existe la costumbre hace mucho tiempo de diferenciar la educación intelectual y la educación moral, una que cultiva las diversas facultades intelectuales y comunica conocimientos y otra que desarrolla el corazón y la voluntad y forma los sentimientos, las costumbres, la conciencia y la energía moral.

Verdaderamente, sería preferible, una vez emprendido ese camino, seguir hasta el fin la división psicológica de las facultades y distinguir la educación de la

(1) En una definición de la educación no debe en modo alguno omitirse el desarrollo de las funciones físicas. Muchos pedagogos, sin embargo, las pasan en silencio, lo que se comprende en los teólogos que, como Dupanloup, definen la educación: « El arte de preparar la vida eterna levantando el nivel de la vida presente. » Se explica menos que M. Bain diga: « La educación física, cualquiera que sea su importancia, puede dejarse á un lado. » (*Ciencia de la educación*). Asimismo otro pedagogo inglés, M. James Sully, define en un sentido muy estrecho la educación cuando dice « que es la ciencia práctica que tiende á cultivar el espíritu en el triple concepto de los conocimientos, de los sentimientos y de la voluntad. » (*Outlines of psychology*, London, 1884, p. 6).

inteligencia, la educación de los sentimientos y la educación de la voluntad.

Horacio Mann, el pedagogo americano, diferencia las tres partes esenciales de la educación en esta elocuente página :

« Entiendo por educación mucho más que la facultad de leer, escribir y contar. Comprendo bajo ese noble título los ejercicios físicos que tienen por objeto adiestrar al cuerpo, aumentar su vigor y su energía, garantizarle contra las enfermedades, ponerle en estado de ejercer una acción en cierto modo creadora sobre las sustancias vírgenes de la naturaleza, de transformar un desierto en campos cultivados, los bosques en navios y las canteras en ciudades. Entiendo igualmente por educación el cultivo de la inteligencia, gracias á la cual nos es posible descubrir las leyes augustas y permanentes que rigen el universo creado, ya en el orden material, ya en el moral. La educación, en fin, consiste en el desarrollo de los sentimientos morales y religiosos, los cuales, con la ayuda de la naturaleza y de la Providencia, nos llevan á someter nuestros apetitos, nuestras inclinaciones y nuestros deseos á la voluntad suprema (1). »

Otra división de la educación. — La división que precede está fundada en el estudio del *sujeto*, es decir, de las facultades del hombre; pero si se considera el *objeto*, el fin de la educación, se imponen otras divisiones.

En efecto, una cosa es la educación general, esencial, que conviene á todos, y otra la profesional ó técnica, que prepara solamente para una profesión determinada. En la escuela normal, por ejemplo, no se trata sólo de educar hombres, sino de formar profesores. A la educación general se añade entonces una especial, que es la educación pedagógica.

« Estos dos géneros de educación, dice Dupanloup, la general y esencial y la especial y profesional, tienen la misma importancia para el hombre. No son por otra parte opuestas, sino que, por el contrario, se fortifican, se perfeccionan y se completan mutuamente. Descuidar la una en beneficio de la otra sería debilitarlas y con frecuencia arruinar las dos á la vez (2). »

(1) Horacio Mann, *De la importancia de la educación en una República*, p. 16.

(2) Dupanloup, *De la Educación*, t. I, p. 312.